



La historia de Fausto, popular tanto en Inglaterra como en Alemania, y aun conocida en Francia hace mucho tiempo, como se echa de ver por la traducción de la leyenda hecha en el siglo XVI, ha inspirado á muchos autores de diferentes épocas. La obra más notable que se dió á luz sobre este argumento, antes de la de Gœthe, es un *Fausto* del poeta inglés Marlowe, representado en 1589, el cual no carece de interés ni de valor poético. La lucha del bien y del mal en el más alto sentido es una de las grandes ideas del siglo XVI, y hasta del nuestro. No obstante, la forma y el sentido del raciocinio se diferencian, como es natural; y bajo este punto de vista, los dos Faustos de Marlowe y de Gœthe forman un contraste digno de estudio. Se ve en el uno el movimiento de las ideas que indicaban el principio de la reforma; en el otro la reacción religiosa y filosófica que la ha seguido y dejado atrás. En el autor inglés, la idea no es, ni independiente de la religión, ni independiente de los nuevos principios que la combaten: el poeta se encuentra medio envuelto en los lazos de la ortodoxia cristiana y medio dispuesto á romperlos. Gœthe, al contrario, no tiene preocupaciones que vencer, ni progresos filosóficos que prever. La religión ha formado su círculo y lo ha cerrado; la filosofía ha completado también el suyo y lo ha cerrado.

La duda que de esto surge para el pensador, no es ya una lucha que sostener, sino una elección que hacer; y aunque alguna simpatía lo haga decidirse al fin por la religión, puede decirse que su elección ha sido libre, y que ha apreciado, como debía, los dos lados de esta cuestión gigantesca.

La negación religiosa que se formuló por último entre los franceses por Voltaire, y entre los ingleses por Byron, halló en Goethe un árbitro más bien que un adversario. Siguiendo en sus obras los progresos, ó al menos, la última transformación de la filosofía de su país, este poeta ha dado á todos los principios en lucha una solución completa, que bien puede no aceptarse, pero cuya lógica sabia y perfecta es imposible negar. No hay en ella ni eclecticismo, ni fusión; la antigüedad y la edad media se dan la mano, sin confundirse, la materia y el espíritu se reconcilian y se admiran; lo que está caído se levanta; lo que está doblado se endereza; el mismo principio malo se confunde con el amor universal. Es el panteísmo moderno: Dios existe en todo.

Tal es la conclusión de este vasto poema, el más asombroso tal vez de nuestra época, el único, que puede oponerse al poema católico del Dante y á las obras maestras de la inspiración pagana. Debe sernos muy sensible que la segunda parte del Fausto no tenga todo el valor de ejecución de la primera, y que el autor haya tardado en completar un pensamiento que fué el grande pensamiento de toda su vida. En efecto, la inspiración del segundo Fausto, todavía más alta acaso que la del primero, no ha encontrado siempre una forma tan fija y tan feliz; y aún cuando esta obra se recomiende más al examen filosófico, bien puede decirse que la popularidad le faltaré siempre.

Para una obra tan vasta, tan poderosa, hubiese sido necesario que el autor no hubiese aguardado los últimos años de su vida.

El segundo *Fausto* obra muy curiosa al punto de vista de la crítica literaria, no tiene ya el interés ni hasta el valor de composición del primero. Muchos grandes escritores han tenido este antojo de dar una continuación á su obra maestra. Así fué como Corneille escribió la continuación del *Embustero*; Beaumarchais, en la *Madre culpable*, la continuación algo tétrica de su alegre *Barbero*. Hemos querido dar, para completar nuestro trabajo, por la análisis una idea del inmenso poema que llaman el segundo Fausto.

Ese complemento póstumo, publicado solamente en las obras completas del autor, no se enlaza directamente con el desarrollo claro y preciso del primer dato, y por más que las ideas tomadas separadamente sean grandes y poéticas, no forman sin embargo ese conjunto armonioso y correcto que ha hecho de Fausto una obra inmortal. En ciertas partes sin embargo, hallarése un hermoso reflejo de ese poderoso genio cuya facultad creadora estaba extinguida desde muchos años, cuando intentó luchar con sí mismo publicando su última obra.

Al publicar la primera edición de nuestro trabajo, pusimos en epigrafe, la frase célebre de madama de Staël, relativa al *Fausto*: « El Fausto hace reflexionar sobre todo, y sobre algo más que todo. »

Á medida que Goethe continuaba su obra, este pensamiento se hacía más verdadero aún. Indica á la vez el defecto y la gloria de esta noble empresa. En efecto, puede decirse que ha hecho salir la poesía de su dominio, precipitándola en la más aventurada metafísica. El arte necesita siempre una forma absoluta y

precisa, más allá de la cual no hay sino confusión y desorden.

En el primer *Fausto*, esta forma existe pura y bella, el pensamiento crítico puede seguir todos sus contornos; y la tendencia hacia lo infinito y lo imposible, hacia lo más allá de todo, no es en él otra cosa que el centelleo de los fantasmas luminosos evocados por el poeta.

Mas ¿que forma dramática, que estrofas y que versos podrán contener unas ideas que los filósofos no han expuesto jamás sino como sueños fébriles? Como el mismo Fausto cuando baja hacia las *Madres*, la musa del poeta no sabe donde poner el pie, ni aun puede tender su vuelo, en una atmósfera donde falta el aire, más insegura que las olas, y más vacía que el éter. Más allá de los círculos infernales del Dante, bajando á un abismo limitado; más allá de las regiones espléndidas de su paraíso católico, abarcando todas las esferas celestes, hay aún más espacio y más espacio que el vacío, cuyo fin no puede percibir Dios mismo. Parece que la creación va dilatándose siempre en ese espacio infinito, y que la inmortalidad de la inteligencia suprema, se esfuerza siempre en conquistar continuamente ese imperio de la nada y de la noche.

Ese infinito siempre abierto, que confunde la razón humana más fuerte, no impone al poeta de Fausto. Él se aplica á dar de él una definición y una fórmula, y tiende á esa presa móvil una red visible, más impalpable y siempre creciente como ella. Aun más, no contento con analizar el vacío y lo inexplicable del infinito presente, se lanza al de lo pasado. Para él como para Dios, nada es finito, ó al menos, nada se transforma, sino la materia, y los siglos transcurridos se conservan enteros en el estado de inteligencias y de

sombras, en una continuación de regiones concéntricas, extendidas al rededor del mundo material. Allí esos fantasmas acaban aún, ó piensan acabar las acciones iluminadas en otro tiempo por el sol de la vida, y en las que probaron la individualidad de su alma inmortal. Sería, en efecto, un consuelo el pensar que nada muere de cuanto ha herido la inteligencia, y que la eternidad conserva en su seno una especie de historia universal, visible para los ojos del alma, sincronismo divino que nos haría participar algún día de la ciencia de Él que ve con una sola ojeada todo lo porvenir y todo lo pasado.

El doctor Fausto, presentado por el autor como el tipo más perfecto de la inteligencia y del genio humano, que conoce toda ciencia, que ha pensado toda idea, que nada tiene ya que aprender ni ver sobre la tierra, no aspira ya más que al conocimiento de las cosas sobrenaturales, y no puede ya vivir en el limitado círculo de los deseos humanos. Su primer pensamiento es pues darse la muerte, pero las campanas y los cantos de Pascua le hacen caer de las manos la copa del veneno. Acuérdate que Dios ha prohibido el suicidio y se resigna á vivir de la vida de todos hasta que el Señor se digne llamarlo á sí. Triste y pensativo, se pasea con su criado, en la tarde del día de Pascua, en medio de una ruidosa multitud, después en la soledad del campo, al caer de la tarde.

En ese momento, es cuando descubre sus aspiraciones á su discípulo y cuando lo tienta el diablo que se aprovecha para ello de ese momento de arrobamiento y de tristeza. Primero lo sigue en forma de perro á su gabinete de estudio y lo distrae de la lectura de la Biblia donde el doctor procura hallar consolaciones. No tarda en revelarse bajo otra forma, y sacando par-

tido de la curiosidad sublime de Fausto, le ofrece de hacerle conocer las maravillas de la vida futura sin que tenga que abandonar la existencia real. Fausto acepta el pacto y lo firma con su sangre. Nada sabe el viejo doctor de los goces de este mundo excepto lo que le han enseñado los libros. Su corazón es virgen para el amor y el dolor y no ha de ser difícil reducirlo pronto á la desesperación agitando sus pasiones adormecidas. Tal será el plan de Mefistófeles quien con un filtro rejuvenece á Fausto y está seguro de que con esa bebida en el cuerpo, cualquiera mujer le va á parecer una Elena.

Efectivamente, al salir de la casa de la bruja que ha preparado la bebida, Fausto se enamora de una joven llamada Margarita que encuentra en la calle é impaciente de lograr su intento, llama en su socorro á Mefistófeles, el cual por algún tiempo se presta á hacer el papel de un vil mediador. El instinto diabólico de éste se manifiesta en la naturaleza de la bebida que duerme á la madre de Margarita y en su monstruosa intervención en el desafío de Fausto con el hermano de Margarita. Mefistófeles transporta á Fausto en medio de las maravillas de una noche de sabbat, en el momento en que Margarita sucumbe bajo el peso de la pública reprobación. Una aparición que no había previsto Mefistófeles evoca en la mente de Fausto el recuerdo de Margarita que obliga el demonio á venir en auxilio de ésta ya condenada y encerrada en una cárcel. Ahí acontece esa escena desgarradora, una de las más dramáticas del teatro alemán en que la pobre joven, privada de razón, pero iluminada en el fondo del corazón por una mirada de la madre de Dios que ella había implorado, no admite ese socorro del inferno, y rechaza su amante que por intuición ve aban-

donado á los artificios del diablo. En el momento en que Fausto quiere arrebatlarla por fuerza, suena la hora del suplicio; Margarita invoca la justicia del cielo, y los cantos de los ángeles van á hacer impresión sobre el mismo doctor, cuando la mano de Mefistófeles lo aparta de ese doloroso espectáculo y de esa divina tentación.

Aquí principia la segunda parte de la que ya hemos dado la análisis y hecho entender el plan general.

Al terminar esta apreciación de los dos poemas, sentimos no haber podido tal vez esparcir en ella toda la claridad que se pudiera desear. El pensamiento del mismo autor es á menudo abstracto y como velado de intento, y uno se ve precisado á dar la interpretación más bien que el sentido. Este defecto capital es lo que nos ha hecho reemplazar con un análisis algunas partes accesorias del nuevo *Fausto*. La popularidad del primer *Fausto* ha podido comunicar después algún interés á la traducción de estos trozos; pero los que hemos omitido y que en la misma Alemania han perjudicado la comprensión y el buen éxito de la obra entera, hubieran dejado menos aún en la traducción. El pasaje que vamos á citar del mismo Goethe y que se halla en sus Memorias es á la vez la crítica cierta, poesía de palabras más bien que de ideas, y la absolución de nuestro sistema de trabajo, si hemos conseguido alcanzar á la vez la exactitud y la elegancia.

« Débense apreciar el ritmo y la rima, caracteres primitivos y esenciales de la poesía. Pero lo que hay más importante, más fundamental, lo que produce la impresión más profunda, lo que obra con mayor eficacia sobre nuestro moral en una obra poética, es lo que queda del poeta en una traducción en prosa; pues eso solo es el valor real de la obra en toda su pureza, en su per-

fección. Un ornamento que deslumbra hace con frecuencia que creamos que existe ese mérito real cuando no lo hay, y con no menos frecuencia lo esconde á nuestra vista cuando existe : por lo mismo, cuando yo hacía mis primeros estudios, prefería las traducciones en prosa. Se puede observar que de todo se hacen un juego los niños : así es que el sonido de las palabras, la cadencia del verso los divierten, y por esa especie de parodia que de ellos hacen al leerlos, hacen desaparecer todo el interés de la obra más hermosa. Yo creería que una traducción de Homero en prosa sería muy útil con tal que fuera al nivel de los progresos de nuestra literatura. »

(GOETHE, *Dichtung und Wahrheit*.)

## DEDICATORIA <sup>1</sup>

¡ Venid, ilusiones !... ¡ en la mañana de mi vida cuánto me deleitaba en fijar vuestro inconstante vuelo ! La tarde va llegando, y sin embargo un grato deseo, una vanidad es lo que aun me halaga. ¡ Acercaos ! Bien ; todo se anima y se apiña por encima de las nieblas, en un mundo más grande. Mi corazón, que rejuvenece, aspira con embriaguez el soplo mágico que anda vagando en derredor vuestro.

Percibo las imágenes de los hermosos días transcurridos, y más de una sombra querida ha bajado del cielo ; como un fuego avivado que rompería la noche de los siglos, el amor y la amistad vuelven á poblar para mí estos lugares.

Mas las penas los acompañan : en nuestras tristes moradas, nunca ha sido completa la alegría. Viene á nombrarme todos esos, que heridos por la muerte en medio de horas apacibles, han dejado su tierno amigo. Esta voz que amaban tiene sonidos más suaves, pero no puede llegar hasta los muertos ; ya no existen los que me escuchaban con la benevolencia de la amistad ; ¡ he perdido mi antiguo orgullo, mis primeros cantos !

1. Se cree que Gœthe dirige esta dedicatoria á los manes de algunos amigos, que perdió antes de la publicación de su poema.

Al presente canto para una multitud que no conozco; sus aplausos son para mí un ruido vano. Si la alegría, alguna vez ha bajado en mi alma, parecía que vagase por un mundo destruído.

Un deseo olvidado, que sin embargo quiere renacer, viene á estremecer mi ánimo en medio de su larga paz, pero quizá mis nuevos cantos inarticulados no son más que los de un arpa que hace gemir la brisa. ¡Ay! Siento un estremecimiento: corren mis lágrimas y se sosiega mi corazón conturbado. Vuelven á nacer los encantos de una vez y lo que para mí desapareció revive aquí.

# FAUSTO

---

## PRÓLOGO EN EL TEATRO

---

EL DIRECTOR, EL POETA DRAMÁTICO, EL GRACIOSO.

EL DIRECTOR. — Vosotros, cuyo auxilio tantas veces me fué útil, dadme vuestros consejos para un caso difícil. ¿Que opináis de mi gran empresa? Yo no aspiro más que á ver mucha gente aquí y es preciso procurar contentarla. pues ella sola nos hace vivir. Pero gracias á Dios, este día ha realizado nuestras esperanzas. Allá tenéis al público reunido para vernos y preparándonos un fácil triunfo. Todos los asientos llena su inmóvil masa. Sus ojos clavados en el telón me hacen comprender que esperan cosas nuevas. Hallarlas y contentarlo es mi única esperanza. Si no comprenden el género sublime, han leído bastante y es preciso darles algo sobresaliente, divertido, ameno. ¡Ah! el espectáculo que me gusta á mí es observar la multitud, que se empuja y estruja; que con gritos y tumulto desde media tarde cerca el despacho de localidades y nuestro cajero, ufano con la entrada, se parece á un panadero en un día de hambre. ¿Pero quién puede hacer tan